

hablaban de los Estados Unidos, encono que para mí era una sorpresa porque yo no lo había sentido nunca ni había observado en mi patria nada semejante.

No cabe decir, pues, que el panamericanismo sea una realidad en la hora actual. La confraternidad de los Estados Unidos, Chile, Argentina, Uruguay, Brasil y unas dos o tres naciones más no basta, por muy buena voluntad que se tenga, a constituir una entidad que se pueda denominar panamericanismo.

Este es por ahora un ideal, un hermoso ideal. De los esfuerzos y de la buena fe de los norteamericanos y de los hispanoamericanos dependerá que se convierta en realidad. Los hispanoamericanos, por su debilidad internacional misma, caen fácilmente en la desconfianza respecto de los Estados Unidos. Pero nada sacaremos con declamar y cultivar la agresividad contra los norteamericanos. La salvación de los pueblos latinos del Nuevo Mundo se halla en una educación que los conduzca a una mayor eficiencia económica, intelectual y moral, que los conduzca a una actividad creadora tanto en el orden material como en el espiritual. Los norteamericanos, por su parte, deben renunciar a toda pretensión de imperialismo, tanto político como financiero. En este punto hice un llamado a los universitarios estadounidenses, cuya elevación cultural he podido apreciar, y a las grandes fuerzas espirituales de los Estados Unidos en que confío para que coadyuven al triunfo del panamericanismo bien entendido.

Manifesté además cómo existía en estas Repúblicas una fuerte corriente que tendía a la formación de una unión latino-americana; cómo no era raro que personalidades de México figuraran a la cabeza de ella. Ahí Vasconcelos. Pero que aún en los pueblos del sur contaba con adalides de alto valor intelectual, como los argentinos Alfredo L. Palacios, Ricardo Rojas, José Ingenieros y Manuel Ugarte. Agregamos que nosotros simpatizábamos con este ideal por cuanto lo entendíamos, no como una forma de hostilidad o agresividad hacia los Estados Unidos, sino en una forma positiva, en cuanto extensión del amor de la patria a la raza, como un medio de salvación de las buenas cualidades de nuestras características raciales y como uno de los mejores caminos para llegar a la realización del verdadero panamericanismo.

Tengo la satisfacción de decir que todas mis ideas y conclusiones merecieron la más entusiasta y unánime aprobación de parte de todos los delegados norteamericanos.

ENRIQUE MOLINA



Ante la sedición militar

Los hados propicios que velan por los fueros de la democracia colombiana, no permitieron que el golpe de cuartel, de que en otro lugar damos cuenta pormenorizada, tuviera éxito.

Es inútil disimular la trascendencia de los sucesos de la hora presente. Sólo a circunstancias fortuitas se debe el que a estas horas no estuviéramos los colombianos bajo el dominio del sable. Dominio efímero sin duda, porque, vive Dios, que no es este el país en que los militares pudieran ufanarse de atropellar la ley y poner a los ciudadanos bajo el imperio de las bayonetas, por un espacio mayor de breves horas. Ni el Libertador, ni el general Mosquera, ni ninguno de los otros dioses menores, logró implantar en Colombia la dictadura militar. Mucho menos habría podido aspirar al triunfo definitivo un grupo de jóvenes oficiales, sin más méritos que su ambición y su locura. Mas la seguridad del fracaso no disminuye la enorme gravedad de la tentativa que comentamos. Aun abortado el golpe, indica él la honda descomposición que afecta a nuestro organismo militar, en donde por la primera vez se presentan brotes de esta naturaleza. Demos gracias a que hoy por hoy no existe aquí el caudillo audaz que hubiera encauzado y aprovechado estos fermentos sediciosos. Congratulémonos de que nuestro medio no produzca esta clase de hombres, porque a ello se debe sin duda el que esta hoguera atizada por manos inexpertas, se haya apagado sin provocar un incendio; mas no sin dejar un hondo malestar y un sentimiento de desconfianza en el porvenir.

¡Cuántos males incalculables recibiera la República si la sublevación militar hubiera estallado! Aun aplastada en veinticuatro horas, nuestro crédito habría sufrido daños irreparables. Toda una paciente labor de veinte años de paz y de legalidad se habría venido a tierra. No es posible calcular la serie de trastornos de toda índole que la sedición provocara ni las pérdidas que la paralización de los negocios y la intranquilidad que siguiera al cuartelazo, causarían al país.

No habrá ningún colombiano que no reproche de la manera más enérgica la inconcebible aventura en que pretendían arrojar al país unos cuantos oficiales, cuya inconsciencia apenas puede compararse con su carencia de nociones patrióticas y su desconocimiento de la realidad nacional. Les alentó el ejemplo de los militares chilenos; pero acaso no conocieron ellos el triste desenlace de la iniciativa del general Altamirano y de sus compañeros. ¡Cuatro meses después del golpe de Estado que con tanta fortuna realizaron y que creyeron les daría el poder para siempre, yacían en las cárceles, mientras el Presidente Alessandri, restablecidos lo fueros del poder civil, regresaba triunfalmente a su patria.

El patriotismo angustiado se pregunta, cómo podrán conjurarse en lo futuro las sediciones cuartelarias que pueden acabar con nuestra tradición de pueblo eminentemente civil. Antes hubiera podido creerse que robusteciendo la institución militar, organizándola a la moderna e implantando la anhelada reforma,